

Jonathan Lear

EL AMOR Y SU LUGAR EN LA NATURALEZA

Una interpretación filosófica
del psicoanálisis freudiano

didaskalos

66

Exordio de JOSÉ NORIEGA



JONATHAN LEAR

EL AMOR
Y SU LUGAR EN
LA NATURALEZA

*Una interpretación filosófica
del psicoanálisis freudiano*

Exordio de
JOSÉ NORIEGA



1.ª edición: octubre de 2021

Portada: Pintura de Marc Chagall, Niza, Francia ©Visions Of America LLC/123RF.COM.

© Autor: Jonathan Lear

Edición original: *Love and its place in nature: a philosophical interpretation of Freudian psychoanalysis* (Yale University Press, New Haven - London 1998)

Traducción de Pilar Soldevila

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-18481-2021

ISBN: 978-84-17185-68-8

Maquetación: M.ª Teresa Millán Fernández

Traducción: Pilar Soldevila

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Sumario

	<i>Págs.</i>
EXORDIO (JOSÉ NORIEGA)	9
AGRADECIMIENTOS	19
PREFACIO	21
1. INTRODUCCIÓN	27
2. CATARSIS: FANTASÍA Y REALIDAD	59
3. LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS	105
4. INTERPRETACIÓN Y TRANSFORMACIÓN: EL CASO DEL PEQUEÑO HANS	139
5. ¿QUÉ ES EL SEXO?	165
6. DONDE ELLO ERA, YO DEBO DEVENIR	209
7. EVALUACIÓN RADICAL	243

Tal vez sea este, señoras y caballeros, el momento apropiado para polemizar festivamente un poco contra Freud. Éste, desde luego, no tiene en mucha estima a la filosofía. El sentido de la exactitud que es propio de quien investiga en el campo de las ciencias naturales, apenas le permite ver en la filosofía una ciencia. A la filosofía, Freud le hace el reproche de que esté convencida de poder ofrecer una imagen del mundo coherente e íntegra; de que sobreestime el valor cognoscitivo de las operaciones lógicas; de que incluso crea que la intuición es una fuente de saber; y de que sea esclava de tendencias animistas, en la medida en que cree en la magia de las palabras y supone que la realidad está influida por el pensamiento. Pero, ¿sería esto en verdad una exagerada autoestimación de la filosofía? ¿Es que alguna vez ha sido modificado el mundo por alguna otra cosa que no fuera el pensamiento y su soporte mágico, la palabra? Yo creo que, de hecho, la filosofía pertenece a un orden anterior y superior a las ciencias de la naturaleza, y creo que toda la metodividad y toda la exactitud de éstas se hallan al servicio de la voluntad histórico-espiritual de la filosofía. Pues siempre se trata, en última instancia, del *quod erat demonstrandum*. La ausencia de presupuesto de la ciencia es, o debería ser, un hecho moral. Pero, vista desde la perspectiva del espíritu, esa ausencia de presupuestos es probablemente lo que Freud denomina una ilusión. Llevando las cosas al extremo, podría decirse que jamás la ciencia ha hecho descubrimiento alguno para el que no haya sido autorizada e inducida por la filosofía.

Quede dicho aquí esto de paso...

THOMAS MANN, "Freud y el Porvenir",
leído por T. Mann a S. Freud en Viena,
el 9 de Mayo de 1936, en el 80 cumpleaños de Freud

... Pero puesto que de éstos ya hemos tratado, exponiendo lo que nos parecía, queda por hablar de la naturaleza vi-
viente, no dejando de lado nada, en la medida de lo posible,
sea humilde o elevado. E, incluso en los seres sin atractivo
para los sentidos, a lo largo de la investigación científica, la
naturaleza que los ha creado ofrece placeres extraordinarios
a quienes son capaces de conocer las causas y sean filósofos
natos. Sería, pues, ilógico y absurdo que, si nos alegramos
contemplando sus imágenes porque consideramos el arte que
las ha creado, sea pintura o escultura, no amásemos aún más
la observación de los propios seres tal como están constitui-
dos por naturaleza, al menos si podemos examinar las causas.
Por ello es necesario no rechazar puerilmente el estudio de los
seres más humildes, pues en todas las obras de la naturaleza
existe algo maravilloso. Y lo mismo que se cuenta de Herácli-
to que al recibir la visita de unos extranjeros le vieron calen-
tándose frente al horno y, al sorprenderse, él los invitó a entrar
con confianza, pues también allí estaban los dioses, igual hay
que acercarse sin disgusto a la observación sobre cada animal,
en la idea de que en todos existe algo de natural y de hermoso.
En las obras de la naturaleza, en efecto, no existe el azar, sino
el para qué de algo, y en grado sumo; y el fin para el que un ser
está constituido o producido toma el lugar de lo bello.

ARISTÓTELES, *Partes de los animales*, I.5 (73-74)

Exordio

*José Noriega**

¿Cómo se estructura la persona? ¿Qué hace que uno sea un individuo, distinto de los demás, con una conciencia de su distinción, capaz de actividad propia? ¿Acaso no partimos de una identificación con la naturaleza al nacer? ¿Cómo se llega a ser un sujeto?

Sí, es un proceso, en el que se va asimilando e incorporando el mundo que nos provoca y el mundo que llevamos dentro. Pero ese proceso requiere un momento en el que emerge algo nuevo. El yo emerge cuando es capaz de hacer una evaluación radical de sí mismo y de sus acciones.

¿Desde qué criterio?

* Profesor de Teología moral en el St. John Vianney Seminary, Denver, y párroco de St. Mary, Littleton (CO).

Estas son algunas de las preguntas fundamentales que aborda el libro de Jonathan Lear, reconocido filósofo y psicoanalista, profesor en la Universidad de Chicago. Su interés es mostrar las consecuencias filosóficas del psicoanálisis freudiano para la comprensión del hombre y del mundo. Si el legado más importante de Freud está en habituarnos a hacer preguntas, Lear sigue el hilo y se apoya en el médico vienés no como punto de llegada, sino como punto de partida. Su reflexión no es sobre Freud, sino sobre el hombre “a través de Freud”. Revive en estas páginas el camino recorrido por el fundador del psicoanálisis: sus preguntas, sus descubrimientos, sus perplejidades, sus certezas, sus errores. Incluso, los caminos inexplorados. Y con ello introduce al lector en una formidable aventura intelectual: la de comprender en qué modo el yo se constituye a través de la interiorización y estructuración de las relaciones de amor. O dicho de otro modo, en qué modo el yo nace de una respuesta a un mundo suficientemente bueno.

Extraña una conclusión tal desde premisas freudianas. Y es que no solo toma a Freud en su punto más creativo, el de interrogarse a fondo y no dar por descontada la respuesta: es que lo provoca con Aristóteles. Un metafísico teórico, porque así ve a Freud, y un biólogo metafísico como compañeros de camino, en el que cada uno viene enriquecido por el otro y así el caminante agudiza su visión y se afianza su comprensión. El enfoque del vienés es reencauzado por el estagirita. Y algunos de sus errores corregidos, como el de no tener una teoría adecuada sobre los afectos, entre otras cosas por tener una visión mecanicista de la emoción y de la ciencia, propia de su época. Con Aristóteles como contraste descubre que el deseo, configurado como apetito, deja de ser así sola tensión a su satisfacción

y pasa a ser una orientación al mundo, síntesis de pensamiento y sentimiento. Más, incluso. En ese contraste la vena platónica de Freud se hace más patente, con un enriquecimiento decisivo: la libido sexual se radica en el *Eros* como impulso de plenitud. Aquí la grandeza de una visión. Ese sexo busca plenitud última.

¿Plenitud en un ser herido, que requiere del análisis de sus relatos para entender su destino? ¿Acaso no sería ese análisis labor de arqueología, centrada en el pasado? ¿Sería entonces la plenitud de una armonía con la propia historia, esto es, con la propia mente arcaica? ¿A dónde nos lleva el análisis, al origen o al destino?

Sí, es cierto, Freud nos obliga a confrontarnos con el relato de nuestra historia. Y esa confrontación es una confrontación con nuestra propia individualidad, con las fuerzas arcaicas y las comprensiones arcaicas que estructuran nuestra subjetividad. Reconocer ese proceso de individuación nos permite clarificar lo que había en juego en las diferentes respuestas. En la interpretación de Lear, el psicoanálisis ve esa clarificación no solo como un reconocimiento de la mente arcaica y de su posible fuerza distorsionadora: sino que lo ve como un reconocimiento de la fuerza básica que subyace a la mente arcaica, esto es, el reconocimiento del objeto del amor. A partir de ahí lo distorsionador puede integrarse en algo más grande gracias a una transformación de nuestras emociones, esto es, de la transformación de nuestras orientaciones al mundo. La cordura nace, entonces, como consecuencia de una relación erótica adecuada al mundo.

El enfoque es decisivo en el contexto cultural actual. Hoy asistimos a una escisión aún más marcada, porque más práctica, entre la subjetividad y la objetividad, entre el yo y el mundo, entre los deseos y la inteligencia, entre el sujeto y la naturaleza,

entre lo que uno pone y lo que le es dado. ¿Es posible la unificación? Lear hace ver que la interpretación clásica del psicoanálisis según la cual subyace a nuestros deseos algo dado, cuyo contenido es edípico, no es la única interpretación. Lo dado no es algo dado arcaicamente de una forma definitiva, sino que va transformándose paulatinamente, y solo al final permite estructurarse plenamente. ¿Cuándo? Cuando comprende que el propio apetito es respuesta a un amor, basado en una pulsión de perfeccionamiento, que empuja a unidades más elevadas.

¿Por qué respuesta a un amor? Porque el apetito, mezcla de deseo e interpretación, “reconoce el mundo como suficientemente bueno”, como digno de amor, como ocasión de algo más grande que favorece el propio desarrollo.

¿Cómo podemos entender ese desarrollo o ese algo más grande? Lear indica que no lo comprendemos antes. La comprensión se da cuando aparece el papel del amor en la vida humana. Y pone un ejemplo: el amor de los padres. Cuando el niño lo comprende, ese amor suficientemente bueno que toma en serio sus necesidades, deja de centrarse en la satisfacción y pasa a responder al amor ordenado de sus padres. Del desorden al orden, por la asimilación y la imitación en las que la fantasía juega su papel decisivo. Las pulsiones dejan de reprimirse entonces. Pasan a personalizarse por la comprensión de lo que suponen. Incluso, uno llega a aceptar la responsabilidad de sus pulsiones. Entonces, solo entonces, comienza a constituirse como individuo.

Es el entonces de la emoción. O el entonces de la reviviscencia de la emoción reprimida, cuyo análisis rescata su racionalidad primitiva y permite una adecuada transferencia. La

representación arcaica se vincula con un concepto adecuado y así incide en el deseo, que abandona su poder distorsionador, edípico, y se transforma en apetito, impulso de un más, decisivo para la vida personal. ¿Por qué decisivo? Porque a partir de ese apetito podemos dar forma libidinal al mundo, investirlo de interés para nosotros. ¡Qué tragedia cuando dejamos de desear! Ese mundo se vuelve gris, insípido, “deja de existir para nosotros”.

Entonces, ¿somos nosotros los que damos sentido e interés al mundo? Maravilla la conclusión del profesor de Chicago: el mundo existe *porque* lo amamos. Cierto. Pero lo amamos *porque* es digno de ser amado. Ese primer *porque* no es el porque de la causalidad eficiente. Sino más bien el de la causalidad final: el mundo existe *para que* nosotros lo amemos. Y solo lo amamos cuando lo investimos de energía libidinal. Solo entonces se hace interesante para nosotros. ¿Acaso el mundo existe para el autista? Existe, pero no para él. Ese mundo desnudo de subjetividad, seguirá su curso, independiente de él. El segundo *porque*, el del digno de ser amado, hace referencia a una cualidad del mundo, cierto, pero que solo se entiende en relación al deseo: algo hay en él que le hace amable. Objetivo y subjetivo se dan juntos o juntos se pierden.

El último capítulo de su obra, “Evaluación radical”, se presenta como una síntesis de su visión sobre el lugar del amor en la naturaleza. Ese lugar es un lugar enormemente dinámico. Sí, el amor no es algo que se añade desde fuera a la naturaleza. Está dentro de ella, como fuerza básica que empuja radicalmente a la individuación. La naturaleza deja de ser así el lugar de la materia informe. Ella está cargada de dinamismo, de fuerza. Y no bruta, sino llena de sentido. Porque el amor es la fuerza bási-

ca de la naturaleza. Empuja al desarrollo, a la individuación, a la perfección. Incluso a la divinización. ¿A la divinización? Sí, Aristóteles le da la clave. Porque quien se esfuerza por crecer y conocer, imita la actividad de Dios. ¿Acaso no deseamos comprender nuestros deseos, esto es, comprender lo que deseamos verdaderamente? ¿No es esta comprensión de nosotros mismos, en el deseo, una participación en el pensamiento que Dios tiene de sí mismo?

¡Ahora es posible la “evaluación radical”! Sí, el deseo busca su satisfacción. Pero no todo lo satisface. Solo un mundo suficientemente bueno puede estar a su altura. Solo a ese mundo que le provoca porque está movido por un amor puede responder. Es evaluación radical, porque se evalúa a sí mismo en relación con el mundo, a sí mismo en cuanto sujeto activo que se relaciona con el mundo por sus acciones. Esa evaluación es la que permitirá el “dar y recibir, donde surge el alma humana”. Entonces el hombre realiza algo divino.

Asombra la conclusión. Pero asombra aún más cómo un autor no cristiano como Lear aprecie el papel que juega Cristo en este proceso de individualización del hombre. Asombra que se base en Freud para destacarlo. Y es que Cristo evita que el hombre retroceda a la masa, se convierta en “hombre masa”, indiferenciado, fusionado a ella. Porque pide la interiorización de su amor, identificarse con él para así amar al prójimo.

Nos encontramos, por lo tanto, ante una obra que hace pensar, que nos obliga a cambiar nuestros prejuicios y hostilidades con el psicoanálisis, pero también cambiar nuestros conceptos científicistas sobre la ciencia, e incluso nuestros conceptos subjetivistas de la religión.

Y en el “hacer pensar”, nos permite, también a nosotros, hacernos preguntas nuevas. Incluso iniciar caminos que el mismo Lear no ha explorado. Usamos su mismo método, y, “a través de” Lear, queremos llegar incluso más allá, comprender mejor. Lo mismo que él introdujo a Aristóteles como compañero de camino de Freud, me permito proponer ahora tres caminos que se abren cuando uno introduce a Santo Tomás de Aquino como compañero de camino de Lear:

—El primero toca la teoría de los afectos de Lear. Hemos visto que, apoyado en Aristóteles, hace una importantísima corrección al pensamiento freudiano. Los afectos no son meros sentimientos centrados en la satisfacción, sino emociones, modos de orientarnos al mundo, a aquello que lo hace digno. Me pregunto, ¿de dónde nace esa orientación? Y es aquí donde Santo Tomás daría una mano decisiva a Lear y fundaría en modo nuevo toda su propuesta: esa orientación nace de una presencia afectiva, que es una novedad que se da como evento. El amor es, cierto, una fuerza que nos dirige a la bondad del mundo. Pero lo es porque antes se ha recibido esa bondad del mundo en el afecto. Esto explicaría mejor su tesis fundamental: el yo se constituye en la respuesta que da al mundo. ¿Por qué? Porque ese mundo ha transformado su interior en el regalo de su presencia afectiva. No basta, cierto, ser afectado pasivamente por el amor. Es precisa la respuesta de la libertad. Entonces es cuando se configura la subjetividad. Pero esa respuesta está provocada interiormente por el mundo gracias al afecto. Esto aparece bien claro en el amor de los padres, y mejor en el amor sexual. Es el otro quien me conquista desde dentro de mí mismo por la presencia afectiva que ha inaugurado. Reconocer esa presencia y asumir la responsabilidad de su llamada permite integrar la pulsión en la

propia vida. Respondo a un don que he recibido, y ese don es de naturaleza afectiva.

—El segundo camino quiere poner en relación una grandísima cuestión freudiana con una grandísima cuestión toma-siana. Si la estructuración de la subjetividad, como Lear nos la explica, es posible por la fuerza del amor, y esa se descubre en el análisis del pensamiento arcaico que subyace en el adulto, surge entonces, imponente, la pregunta: ¿qué relación tiene el pensamiento arcaico con la ley natural? Esa ley natural como inclinación básica del hombre a vivir según razón, en el ámbito de los diferentes bienes fundamentales, ¿no está relacionada con la fuerza del amor que subyace en el pensamiento arcaico? Arcaico, sí, porque original, previo a la decisión del hombre, fundamento de su decisión. Arcaico, luego natural, esto es, influye naturalmente en el proceso de individuación; como la ley natural permite que el hombre ordene naturalmente sus deseos y acciones a partir de las inclinaciones que encuentra en sí.

—El tercer camino quiere explorar el puesto de la religión que sugiere Lear, pues ciertamente, lo que es una perspectiva religiosa hoy no nos es inmediato. ¿Acaso no nos puede ayudar a comprenderlo la cuestión del amor como fuerza básica de la naturaleza? ¿Qué relación tiene ese amor a la hora de la “evaluación radical” de la propuesta religiosa? Y aquí entra de lleno la propuesta de Cristo. Ciertamente ante él somos provocados a una respuesta: nos pide identificarnos con él, imitarle. Pero estas son las palabras que aparecen, de las que somos bien conscientes. De lo que no somos conscientes, y requiere un análisis, es del don que nos da: su Espíritu, cuyo nombre propio es Amor. Se trata de un don afectivo, que inaugura una nueva presencia.

Recibirlo, ¿qué efecto tiene en la fuerza del amor que mueve nuestra naturaleza a formas superiores?

Dante lo expresó poéticamente: el “amor que mueve el cielo y las demás estrellas”. La *dynamis* divina es el Espíritu. Mueve por atracción, decía Aristóteles. Pero atrae desde dentro, porque primero se ha donado y ha enriquecido a cada ser haciendo posible que la fuerza del amor natural pueda ahora alcanzar su destino, unir a él, unir a Dios. Benedicto XVI lo señaló en su reflexión sobre el encuentro del *eros* y el *agape*.

Querría terminar este prefacio haciendo referencia a un evento acaecido con el autor. Debo reconocer mi asombro cuando hace veinte años leí por primera vez la obra que ahora presentamos al público español gracias a la magnífica traducción de la psicóloga Pilar Soldevila. Este asombro, del cual he intentado dar cuenta, motivó que años después, al preparar en Roma la edición del *Diccionario sobre Sexo, Amor y Fecundidad*, me dirigiera a Lear para pedirle la voz “Freud sobre la sexualidad”. Consciente de lo que suponía, insistí en mi petición que nos haría un grandísimo regalo si pudiera escribirla. Su respuesta me sorprendió. Decía así: *You make me an offer I cannot refuse. To refuse to give a gift? Impossible. Tell me what you would like: how many words, when, topic.*

Entonces pude entender de un modo muy práctico cuanto era el núcleo de su pensamiento: “El amor es una fuerza dirigida al desarrollo”, “es en el dar y recibir donde surge el alma humana”.

Que un reconocido profesor de una de las mejores universidades de Estados Unidos quisiese participar en un proyecto académico de la universidad del Vaticano y lo explicase de ese

modo, me mostraba cómo la tarea filosófica, y el compartirla con otros, es en sí misma un acto de amor. Permite plenitud nueva.

Leer este libro, escrito en la misma lógica, sin duda alguna ayudará al lector a entender que su propia actividad por comprender el amor es también un acto de amor. Permite plenitud nueva.

Denver, 26 de agosto de 2021

Memoria de San Agustín

Los escritores tienden a vivir con una fantasía de cómo les gustaría que se leyeran sus libros. A mí me gustaría que este libro se leyera como una novela policíaca. Es un relato erótico y la culpa es de una idea. En la película “Elemental, doctor Freud”, Sigmund Freud y Sherlock Holmes aparecen juntos. Se trata de una vinculación ingeniosa, pues Freud es, sin duda, el Sherlock Holmes de la subjetividad... Este es el misterio que Freud se propone resolver: el misterio de la carne hecha palabra.

¿Cómo se estructura la persona? ¿Qué hace que uno sea un individuo, distinto de los demás, con una conciencia de su distinción, capaz de actividad propia? ¿Acaso no partimos de una identificación con la naturaleza al nacer? ¿Cómo se llega a ser un sujeto? [...]. Estas son algunas de las preguntas fundamentales que aborda el libro de Jonathan Lear, reconocido filósofo y psicoanalista, profesor en la Universidad de Chicago. Su interés es mostrar las consecuencias filosóficas del psicoanálisis freudiano para la comprensión del hombre y del mundo [...]. Lear se apoya en el médico vienés no como punto de llegada, sino como punto de partida. Su reflexión no es sobre Freud, sino sobre el hombre “a través de Freud”. Revive en estas páginas el camino recorrido por el fundador del psicoanálisis: sus preguntas, sus descubrimientos, sus perplejidades, sus certezas, sus errores... Y con ello introduce al lector en una formidable aventura intelectual: la de comprender en qué modo el yo se constituye a través de la interiorización y estructuración de las relaciones de amor.

Tomado del *Exordio* de JOSÉ NORIEGA